

LA MIRADA DEL SILENCIO

Se despertó de madrugada en varias ocasiones. No era por los problemas de próstata que también tenía desde hacía años. Se desveló porque a la mañana siguiente le esperaba ella en el lugar que habían convenido. Sentía el nerviosismo propio de una primera cita, ante la posibilidad de contemplar, una vez más, aquel rostro de mujer con ojos de color miel que no se apartaba de él ni un instante.

El amanecer le acompañó durante el último sueño de la noche que logró vencerle. Al despertar conectó la radio para escuchar las mismas noticias de cada día, mientras miraba al techo. Apenas si prestaba atención. Las voces eran siempre las mismas, las del locutor y la de los entrevistados que prometían repetidamente lo que nunca cumplían.

A las nueve se incorporó y se asomó a la ventana. El color azul cubría la ciudad y el sol brillaba con fuerza en ese día de otoño primaveral, en el que las hojas continuaban resistiéndose a planear hasta el suelo. Se vistió con parsimonia. Le sobraba tiempo. Nos sobra el tiempo cuando menos nos queda, solía decirse cuando pensaba en ello. Tomó del armario su mejor traje, se calzó los brillantes zapatos y se puso la camisa con los gemelos de oro que ella le había regalado. Se ajustó la corbata y en el bolsillo superior de la chaqueta colocó un pañuelo que le hacía juego.

Bajó a la cafetería a tomar el desayuno de cada mañana. Solía hacerlo solo, en silencio, observando el mundo incompleto por el que venía transitando desde hacía meses. De pronto sonrió. El rostro de ella volvió a su pensamiento y se estremeció al pensar en la cita. Caminó pausadamente en dirección a la floristería de la esquina. Solicitó un ramo de margaritas. A ella le gustaban mucho las margaritas y continuó caminando hacia el lugar donde habían quedado citados. Atravesó la ciudad hasta que la fluidez del tráfico descendió y el paisaje comenzaba a cubrirse de verde.

Cuando llegó, ella se encontraba sentada, aguardándole, y él se reprochó a sí mismo llegar tarde. Estaba tan guapa como el día que la conoció. Ella, al descubrirle, esbozó una leve sonrisa. Él, que llevaba el ramo escondido por detrás, se excusó educadamente por el retraso. A continuación se sentó a su lado haciéndose ella la distraída.

-Feliz cumpleaños, Graciela.

Ella puso cara de asombro.

-¿Cómo sabe que cumplo años?

-En la vida uno sabe casi todo lo que le interesa.

-Le agradezco que lo recuerde. A veces hasta yo misma lo olvido –reconoció Graciela. Ernesto quedó pensativo sin dejar de mirarla mientras una ligera brisa balanceaba suavemente las copas de los árboles. Parecía que el otoño reivindicaba su estación para que no pasara desapercibida por el cambio climático. Al rato le dijo.

-Estás muy guapa, Graciela.

-Ese cumplido se lo dirá usted a todas sus amigas –dedujo ella desconfiada.

Entonces él, emulando a un ilusionista, hizo aparecer el ramo de flores que escondía tras su espalda y se lo ofreció. Graciela lo miró atónita y durante unos segundos dudó aceptarlo. Finalmente alargó su mano, lo tomó y poco a poco su sonrisa fue ampliándose. Era la primera vez en su vida que un extraño le regalaba margaritas. Después las llevó hasta su nariz y tras inspirar el perfume que desprendían, su mirada se escapó hacia el infinito buscando no sabía qué. Ernesto la observaba en silencio. Pasado un tiempo ella, sin recoger la mirada, dejó descender las flores hasta su regazo. Transcurrieron minutos, largos minutos, hasta que Graciela giró la cabeza y lo miró con esos ojos de color miel que lo petrificaban y convertían en una escultura. Ernesto no lograba acostumbrarse a aquella mirada. Una mirada nueva para él, diferente a las que se había enfrentado a lo largo de su vida. Una mirada silenciosa, intensa y tan profunda como debe ser el centro de la tierra, pensaba.

-No se trata de un cumplido –retomó la conversación Ernesto-. Nunca he conocido mujer más bella que tú.

-No recuerdo que nos tuteáramos –dijo ella con rigor.

-Perdona. Es mi forma de hablar. Me siento más joven con ese trato. Espero que no te moleste.

Ella sonrió aceptando la explicación y prosiguió.

-Nos conocemos desde hace solo unos meses. Deberá usted comprenderlo. Yo estuve casada y me incomoda intimar con otro hombre tan prematuramente.

-No me había dicho que estuvo casada, debí imaginármelo siendo una mujer tan... bonita.

Ella se ruborizó y volvió a oler las margaritas mientras pensaba.

-Para qué iba a contarle algo tan íntimo. Usted aunque es muy amable es solo un desconocido con el que alguna vez converso. Lo demás no importa.

Ernesto calló durante un espacio prolongado de tiempo. El tiempo que ella permaneció atenta a la nada. Cuando bajó la mirada hacia el ramo de margaritas, él continuó.

-Su esposo... ¿murió?

Ella asintió sin responder.

-Lo siento mucho.

-Me dejó sin avisar. Una mañana me levanté y ya no estaba en casa. Murió sin despedirse de mí.

-Quizás no pudo avisarle. Las cosas suceden inesperadamente. Aun así debieron de ser muy felices.

-Lo fuimos, aunque tenía su carácter ¿sabe?

Graciela se detuvo reflejando su semblante el esfuerzo de buscar en su interior. A los pocos segundos continuó.

-Pero estábamos muy enamorados -sonrió-. Una mujer siente cuando un hombre está enamorado de ella aunque he de reconocer que discutíamos bastante -volvió a evadirse-. Era demasiado celoso -le dijo después acercándose al oído de Ernesto-. Perdone. Creo que estoy hablando más de la cuenta.

-Sabes que puedes confiar en mí -la tranquilizó.

Graciela se calló de nuevo y volvió a mirar hacia el fondo del aquel pequeño bosque de árboles. Así permaneció un largo rato. Mirando sin ver.

-¿A qué se dedica usted? -volvió a mirarle.

-Estoy jubilado.

-Ah, por su aspecto pensé que aún trabajaba.

-Ves. Ahora eres tú la que me honras con un cumplido.

-Mi marido también era elegante y atractivo -y se detuvo unos segundos mirando fijamente-. Como usted.

-Vaya, qué casualidad. Ahora soy yo quien va a ruborizarse.

-Caminaba erguido como aquel árbol -y guardó silencio volviendo a dejar libre su mirada.

Ernesto cogió su mano y ella la libró bruscamente sin dejar de mirar al frente. Él lo volvió a intentar hasta que la mano de Graciela, la que no sujetaba las flores, quedó inmóvil bajo la suya. Permanecieron un largo rato con las manos cogidas. La brisa continuaba acariciando sus rostros y los dos miraban hacia lo más frondoso de aquel jardín que se había convertido en una especie de tránsito hacia lo desconocido.

-Y usted ¿estuvo casado? -interrumpió ella sin dejar de mirar al frente.

A Ernesto le sorprendió tanto la pregunta que tardó en responder.

-En realidad lo estoy.

-¿En realidad? –se sorprendió Graciela que giró la cabeza hacia él y liberó su mano airadamente.

-Estamos... Verás... atravesando una especie de crisis que intentamos superar.

-¡Qué descarado! –exclamó ella-. Casado –repitió-. Debería mandarlo muy lejos –dijo al tiempo que volvió a colocar su mano bajo la de él.

Ernesto aproximó su cara a la de ella y le dio un beso en la mejilla.

-¡Qué descarado! –volvió a repetir-. Debería darle vergüenza. Si alguna vez le veo con su esposa se lo contaré todo. Mi marido nunca hubiese hecho algo así –y aproximó de nuevo las margaritas a su nariz-. Son muy bonitas. Mi esposo también solía regalarme margaritas cuando vivía.

Permanecieron con las manos cogidas un largo espacio de tiempo. De vez en cuando una sonrisa, a veces un gesto dulce, de pronto una frase amable, pero siempre la mirada de ella perdida y la de él en ella. Así transcurrió la mañana mientras la brisa se convirtió en aire y este en viento. El otoño se resistía a perder su presencia en el calendario climático y él a dejar de ver esos ojos color de miel.

-Debo irme ya –dijo Ernesto-. Si no te molesta volveré mañana.

Ella no respondió. Solo le miró y comenzó a balancear la butaca en la que permanecía sentada. Él la volvió a besar. No conocía a ese hombre de nada y sin embargo permitía que la besase como hacía su marido antes de desaparecer de su pensamiento. Ernesto se despidió de las hermanas de la residencia.

-Hoy tiene un buen día.

Una de ellas se dirigió a él en el quicio de la puerta.

-Ella es feliz cuando le ve llegar.

Ernesto no respondió. La emoción le impidió hablar y solo pudo hacerlo con la mirada.

Aquellos pasillos tan profundos como fríos que parecían culminar en la inexistencia le acompañarían hasta el día siguiente. Al llegar a casa, unas margaritas en un vaso de cristal y junto a ellas, una foto de Graciela le sonreían. Aquellos ojos color de miel.